

## Sección Documentos

---

### Entrevista a un villista sobreviviente

*Arturo Berumen Campos\**

*(...) la (...) Constitución de 1917, es fruto no de una victoria, sino de un compromiso (...)*

**Gilly: *La Revolución de la madrugada***

#### Introducción

Hace algunos años hice una entrevista al mayor retirado Arturo Ruiz Quintana, quien comentaba que había sido asistente del general Francisco Villa. Con motivo del centenario de la Revolución me ha parecido conveniente incorporarla en estas páginas, como un testimonio de una época nunca desaparecida y siempre reinterpretada de nuestra historia. Nadie espere una exactitud científica ni una objetividad histórica de su relato, sino más bien una versión más del mito de Villa. Los mitos, dice Levi Strauss, tienen muchas versiones e incluso algunas de ellas contradictorias. Es en el espacio del mito donde debe ubicarse la entrevista, pues ahí es donde la emoción, el orgullo y la nostalgia de nuestro entrevistado adquieren credibilidad, objetividad e interés. Por ello, sólo nos hemos permitido, en breves notas, hacer las más indispensables aclaraciones. Por lo demás, tal vez, algo nos pueda decir de nosotros mismos el recuerdo que de Villa tenía nuestro entrevistado, cuya voz e imagen cabalgan a través de cien años.

---

\* Profesor Investigador del Departamento de Derecho, UAM-A.

## **Yo atacé Columbus**

El mayor Arturo Ruiz Quintana se levantó de su silla con las piernas separadas, simulando montar un caballo al que sujeta con imaginarias riendas; fija su vista en un punto del tiempo que ha quedado para siempre grabado en su cerebro, de manera que sólo oímos hablar a la historia viva y palpitante al decir: Mi general Villa paró su caballo, alzó la mano para indicarnos alto en la noche iluminada por una hermosa luna llena y le oímos decir: “¿Ven aquellas lucecitas allá abajo? Es Columbus. Vamos a apagarlas”.

Y corrimos tendidos en la noche, bajando a la llanura. Dimos unas cuantas vueltas al pueblo, apagamos los faroles a balazos y nos regresamos. Yo no disparé, para que le voy a decir que sí. Iba lleno de miedo. Pero logré ver, entre la alarma que provocamos, a una mujer que desde una ventana me apuntaba y me tiraba. Sentí un agudo dolor sobre la cadera que me dobló en la silla.

Ya sentado el mayor continúa: —¿Cuántas bajas? Preguntó Villa. —Diez heridos y cinco muertos, mi general, contestó alguien—. El güerito está herido. —A ver tráiganlo. Me vio y dijo: —Cúrenlo, hasta que encontremos un doctor. Cuando lo encontramos, ya me había cerrado la herida. Y es tiempo que todavía traigo dentro la bala.

El mayor Ruiz simuló no haber visto mi sonrisa de incredulidad y continuó su relato: El “güerito”, me decía el general, desde la primera vez que me vio, varios años atrás, junto a la guardia que el general Castro había dejado junto al ferrocarril parado en la estación de Torreoncillos, mientras él se dirigía al frente de la caballería federal a buscar a Villa, por el poniente. Al cabo de varias horas apareció, sigilosamente, la caballería villista por el oriente e inmediatamente rodeó el tren. Su jefe empezó a preguntarnos a todos nosotros, que fuimos capturados por su sola presencia:

—¿Quién manda aquí?

—Yo, general —contestó el capitán responsable.

—¿Qué están haciendo en este lugar?

—Estamos esperando al general Castro.

—¿Por donde se fue?

—Por aquel lado, general.

—¿Lo va a esperar, o se viene conmigo, capitán?

—Me voy con usted, general —contestó—, sin que el miedo le permitiera vacilar.

—¿Y, ustedes?

—También, general.

—Usted, güerito, ¿Qué hace?

—Yo limpio el carro del general Castro.



Si no ha sido por Villa, estoy seguro, que la Revolución no hubiera triunfado —concluye muy ufano el “güerito”.

—¿Se va conmigo, güerito?

—Sí, general.

—Móntese, pues.

Y montado atrás del caballo del general Nicolás Fernández, inicié mi cabalgata con la famosa División del Norte, como el encargado del aseo del carro “pullman” de Pancho Villa.

### **Obregón, el “polveao”**

El mayor Ruiz asocia los hechos en su ágil memoria mientras me muestra una fotografía en que aparece con Villa y Trillo, vestido con un uniforme que le queda demasiado grande y dice:

—Qué de cosas me enteré en ese carro. Ahí se reunía la plana mayor villista para hacer los planes de las batallas. Villa no tomaba, pero sus generales sí. Martín Luis Guzmán dice puras invenciones, pues sólo le hizo a Villa una entrevista de ocho días.

Yo le lavaba la ropa, le traía su comida, era su asistente. Eso sí, a mi general le gustaban las viejas, tenía una esposa en cada pueblo. Él sí era un general, no como los de ahora, de escritorio... si no ha sido por Villa, estoy seguro, que la Revolución no hubiera triunfado —concluye muy ufano el “güerito”.

—Entonces —le pregunto, provocando su orgullo villista— ¿era mejor general que Obregón?

El mayor Ruiz se chupa los dientes y contesta, preguntando, a su vez:

—¿Sabe usted, cómo le decía Villa a Obregón?

—No.

—El “polveao”.

—¿Por qué?

—Pues porque siempre andaba muy recortadito, rasuradito, muy limpiecito, muy polveadito, pues.

—Bueno y entonces —insistía yo en provocarlo— ¿por qué le ganó en Celaya?

—Pérese, déjeme contarle una cosa —se controlaba el mayor.

—¿Usted estuvo ahí? —le dije con sorpresa.

—¡Claro! —dijo con orgullo— en la retaguardia —matizó. Aunque tenía mi caballo y mi carabina, el general Villa me mandaba para atrás.

—Pero, —le dije un poco decepcionado— ¿usted combatía?

—Tiraba balazos sin saber a quien.

—¿Nunca mató a alguien?

—Pues no sé, nunca vi.

—¿Qué fue lo que pasó en Celaya?

***Y el general Felipe Ángeles, él directamente, tomó un cañón, calculó, apuntó y disparó. Y ese fue el cañonazo que le arrancó el brazo a Obregón.***

—Recuerdo muy bien que antes de iniciarse la batalla, el general Ángeles observaba con catalejos las líneas enemigas y deteniéndose de pronto le dijo a Villa: Mi general, mire quién se encuentra en primera fila: Obregón, Sertuche, Murguía. Permítame cañonearlos ahorita mismo. Villa tomó los catalejos, observa detenidamente y contesta: No general, yo quiero agarrarme con el “polveao”. Ángeles insiste: —Pero general, es una buena oportu-

nidad. No general. —Sólo un cañonazo—. Bueno, sólo uno. Y el general Felipe Ángeles, él directamente, tomó un cañón, calculó, apuntó y disparó. Y ese fue el cañonazo que le arrancó el brazo a Obregón. Así que él no pudo organizar, ni dirigir, ni ganar la batalla de Celaya, por lo tanto.

Sin salir todavía de mi estupefacción y azoro, le pregunto:

—¿Quién fue, entonces?

—Pancho Murguía. Ese sí era un general. Era el único general enemigo a quien Villa consideraba un rival digno de él. Yo sólo respeto a Pancho Murguía, decía. Y también Murguía respetaba a Pancho Villa.

—Entonces, ¿Murguía era mejor general que Villa, puesto que le ganó en Celaya?, insistí, impertinentemente.

—No. Tampoco. ¿Sabe usted cuál fue la verdadera causa de la derrota de la División del Norte en Celaya? —Repreguntó el güerito.

—No, ¿cuál?

—El parque. El parque alterado por los espías obregonistas. Cambiaron las cajas de parque por otro de mayor calibre.

—¿Y los villistas no notaron el cambio?

—No, porque cada soldado llenaba sus bolsas de balas, a puños, sin ponerse a medirlo. Así que cuando se acababan las balas que traían en las cartucheras y querían usar el de las bolsas, los cartuchos no cabían en los rifles. Y no podían tirar ni defenderse de los contrataques enemigos. Todo mundo huyó sin tener que disparar, en medio de un total desorden.

—Y usted, ¿qué hizo?

—Pues igual que todos, huir y correr.

—Y, ¿como cuántos fueron los combatientes de Celaya?

—Entre 20 y 25 mil hombres de cada lado.

—¿Y los muertos? Entre ocho y nueve mil. Quiero hacerle una aclaración. La batalla de Celaya no fue en Celaya, sino en un lugar que se llama Santa Anna del Conde que se encuentra situado entre León y Celaya.<sup>1</sup>

## La fuerza y el poder

—Oiga mayor, y ¿por qué Villa no fue presidente?, ¿por qué abandonó la ciudad de México?

El orgullo villista del mayor Ruiz se hace patente en el enrojecimiento súbito de su piel blanca, en el tono de su voz y en el vigoroso ademán de sus manos:

—¿Sabe usted con cuantos hombres entró Zapata en la ciudad de México?

—No, ¿con cuantos?

—Con quinientos hombres. ¿Y Obregón?

---

<sup>1</sup> Tal vez, el "güerito" confunde la primera con la tercera batalla de Celaya que, efectivamente, se celebró en ese lugar, en ella se incorporó Ángeles, en ella perdió su brazo Obregón y el triunfo se debió, ciertamente, a Murguía, entre otros.

## *Centenario de la Revolución*

—Tampoco

—Con diez mil hombres. ¿Y Villa?

—No.

—¡Con noventa mil hombres de a caballo! ¿Me entiende? ¡Noventa mil de a caballo! ¿Quién creen ustedes que tenía el poder?<sup>2</sup>

—Y usted, ¿entró con él a la ciudad de México?

De un fôlder sacó el mayor Ruiz, la famosa fotografía de Villa y Zapata en la silla presidencial, y ya no con orgullo, sino con honor, dijo:

—Ese muchacho que aparece detrás de Villa, soy yo.

Lo decía como si fuera lo más importante que le hubiera pasado en la vida. Efectivamente, así era.

—Pero, volviendo al punto, mayor, ¿Por qué Villa dejó en manos de Carranza ese poder al abandonar la ciudad de México, en manos de Obregón?

—Tal vez porque no hubiera sido un buen presidente —dijo lacónico.

—¿No hubiera sido mejor presidente que Carranza y Obregón? —insistí.

—Si Villa hubiera sido presidente de México, este país sería otro muy distinto. —Se limitó a decir.

—¿Es cierto, pregunté cambiando de tema, que Villa era muy sanguinario?

—¡Mentira! Yo nunca lo vi matar a nadie.

—¿Pero sí ordenaba...

—Ah, eso sí. Pero a los traidores. Tenía un gran corazón, quería mucho a los niños. Mantenía dos asilos. Uno en Chihuahua y otro en Parral.

## **Retorno a Columbus**

—Y volviendo a Columbus, mayor, ¿por qué la atacó Villa?

Nuevamente, el mayor Ruiz se apasiona para contar el trozo de historia mexicana que le ha tocado palpar con sus sentidos. Se acomoda en la silla y con cuidadoso secreto, desliza, con exclusividad histórica las siguientes palabras:

—Esto que les voy a contar, ¡nadie, pero nadie lo ha dicho, porque nadie lo sabe, nadie! El día dos de enero de 1916 llegaron hasta el carro “pullman” de Villa, parado en la estación de Chihuahua, los hermanos Arturo y Samuel Ravel, dueños de la tienda “La Comercial” en Columbus. Le ofrecieron a Villa venderle armas y pertrechos de los que andábamos muy escasos. Ellos pidieron 50 000 dólares. Villa contestó: No, treinta mil, y puso sobre la mesa un saco lleno de monedas de oro. Se

---

<sup>2</sup> Es posible que la cifra sea exagerada, pero lo importante es su significado: la superioridad de la División del Norte.



Quiero hacerle una aclaración. La batalla de Celaya no fue en Celaya, sino en un lugar que se llama Santa Anna del Conde que se encuentra situado entre León y Celaya.

fijó el día 10 de enero como fecha de la cita para entregar las armas por el rumbo de la hacienda de Palomas, en el “Paso del Coyote”. Villa mandó a Jáuregui que era su secretario y a Nicolás Fernández, quienes a su regreso contaron que se habían cansado de esperar varios días hasta que el 20 de enero fueron a la casa de los hermanos Ravel. Fue entonces cuando Samuel les dijo: ¡Si el general Villa es tan hombre que nos venga a cobrar!

Para fines de febrero salió Villa con 360 hombres y en la hacienda Boca Grande dejó 150 hombres el 6 de marzo; otros 150 hombres en la hacienda de Palomas el 8 de marzo; el mismo día pasamos a los Estados Unidos por el “Paso del Coyote” con sesenta hombres, entre ellos, Trillo, Contreras y Fernández. Columbus estaba resguardado por 60 soldados negros que se murieron de miedo y nos combatieron cuando oyeron el grito de ¡Viva Villa! El día 9 de marzo a las dos de la mañana en que atacamos a la población americana.

Y lo que son las cosas, 30 años después Nicolás Fernández y yo regresamos a Columbus a un homenaje que sus habitantes le hicieron a Villa.

—¿Y cómo es que entró usted después al ejército constitucionalista, si eran los enemigos de Villa?

—Un día el general Villa me dijo: Güerito, váyase a México a hacer carrera. Oye, le dijo al tesorero, socórreme al güerito que se va para la capital. —Yo creo que el general Villa no creyó que yo aguantara la persecución de la “punitiva”. En México, entré al ejército donde nadie me conocía. Me retiré de mayor y me dediqué, desde entonces, a buscar tesoros.

### *Centenario de la Revolución*

Pero esta parte de la vida del mayor Arturo Ruiz ya es otra historia. La parte que nos interesa es la que nos recuerda el gran enigma de Villa: ¿Por qué no conservó el poder? Tal vez, el recuerdo del “güerito” nos pueda ayudar a ilustrar aquella afirmación del propio Villa: “la guerra la hacemos nosotros los hombres ignorantes, y la tienen que aprovechar los gabinetes”. Pero también nos recuerda que los “gabinetes” deben cumplir los compromisos que hicieron con los hombres ignorantes, pues de otro modo, les volverán a hacer la guerra.